



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



Víctor L. Urquidi[†]
Doctor Honoris Causa



Con su esposa la señora Sheila Breen.

Víctor L. Urquidi nació en Neuilly, Francia, el 3 de mayo de 1919. Su padre era miembro del Servicio Exterior Mexicano desempeñando comisiones en Francia, Inglaterra, Colombia, El Salvador, Uruguay y España, por lo que desde muy joven Urquidi tuvo un amplio conocimiento de América Latina y Europa.

Después de estudiar en diferentes instituciones educativas, en 1937 ingresó en la Escuela de Economía de la Universidad de Londres; concluyó su licenciatura en 1940, en plena Segunda Guerra Mundial. Poco después de su regreso a México, viajó nuevamente a Londres para cursar un posgrado con una beca que le otorgó la Secretaría de Educación Pública.

Cuando volvió de Londres, en 1941, empezó a trabajar en el Banco de México, donde colaboró con Jesús Silva Herzog en un estudio sobre el petróleo. Poco después hizo estudios sobre el Comercio Exterior Mexicano, y luego de un año, asistió a una conferencia en Washington en la que se discutió el primer proyecto para la creación del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

En 1944, junto con Daniel Cosío Villegas, elaboró los estudios que conformaron la propuesta que llevó a la delegación mexicana a la conferencia de Bretton Woods.

Un año después se efectuó en México la Conferencia de Chapultepec, convocada por Estados Unidos a través de la Unión Panamericana –precursora de la Organización de Estados Americanos–, con el objetivo de discutir temas políticos y económicos del hemisferio. En ella, Víctor L. Urquidi intervino en los temas económicos; los temas políticos se discutirían después, en la Conferencia de San Francisco, que culminó con la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

En 1947, por iniciativa de Bernal Santa Cruz, embajador de Chile en la ONU, se creó la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de las Naciones Unidas, con el objetivo de promover el desarrollo económico y social de la región latinoamericana. En la CEPAL se encontraron las distintas concepciones de lo que debería ser el subcontinente; la falta de coincidencias hizo que la CEPAL no tuviera una política definida hasta 1951.

En el mismo año, un comité de ministros de economía de Centroamérica propuso que la CEPAL realizara estudios económicos que condujeran a la integración centroamericana, propuesta que fue aceptada. Para entonces ya existía la sede subregional de la CEPAL en México, que atiende también a los países centroamericanos. Luego de dos meses de dicha resolución, Víctor Urquidi empezó a trabajar en esta oficina, de la que poco después fue nombrado director, cargo que ocupó de 1951 a 1958. Don Víctor afirmaba que esta experiencia cambió su vida.

Además, desde que empezó a trabajar, Víctor Urquidi tradujo libros de economía para el Fondo de Cultura Económica, porque no había literatura al respecto en español. En aquella época el Fondo publicaba traducciones en varios campos del conocimiento.





El Dr. Víctor Urquidi con el Dr. Boris Graizborg.

Cuando él se estableció en México encontró que la única escuela de economía del país era la de la Universidad Nacional Autónoma de México, en la que impartió clases, un tiempo a invitación de Jesús Silva Herzog. En 1959, Daniel Cosío Villegas asumió la Presidencia de El Colegio de México (COLMEX) y creó el Centro de Estudios Internacionales, en el que Víctor Urquidi impartió clases de economía.

Desde su regreso de Londres, Urquidi estuvo en primera fila en acontecimientos decisivos para el futuro del mundo. Sus circunstancias y conocimientos lo mantuvieron cerca de los hombres

del poder; fue testigo privilegiado de los cambios ocurridos en la economía y la geopolítica desde la Segunda Guerra Mundial.

SU VOCACIÓN POR LA ACADEMIA

En 1964, cuando fungía como Asesor del Licenciado Raúl Ortiz Mena, Secretario de Hacienda, decidió dedicarse de lleno a la vida académica en El Colegio de México, lo que consideró su ingreso a las Ciencias Sociales en una “banda ancha del conocimiento”, como dijo alguna vez. Esto fue posible gracias a su relación cercana con Daniel Cosío Villegas, entonces Presidente del COLMEX. En aquel

año éste le encargó la creación de un centro de estudios económicos que incluyera la demografía. De esta manera se fundó el Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED).

En 1966 tomó de Silvio Zavala la estafeta de Presidente del COL-MEX, cargo que desempeñó hasta el 20 de septiembre de 1985. Durante este periodo, don Víctor se propuso consolidar algunas de las áreas de la institución y desarrollar otras con el apoyo de su comunidad académica. Gestionó y logró ante el gobierno federal la construcción de un nuevo edificio, que se inauguró en 1976, lo cual permitió aumentar el personal docente y de investigación, así como la matrícula de alumnos. Una preocupación de Don Víctor Urquidi fue colaborar en la resolución de problemas nacionales específicos nuevos o inéditos, haciendo estudios para identificarlos y propuestas de solución.

Desde los puestos que ocupó, Don Víctor apoyó el diseño y rediseño de los planes de estudio de algunas escuelas de Ciencias Sociales de México, principalmente en las áreas de Demografía, Economía, Desarrollo Urbano y Relaciones Internacionales.

En 1959 apoyó a Consuelo Meyer L'Eppé en la instrumentación del Programa de Economía de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Le brindó asesoría técnica, promovió la incorporación en el mismo de excelentes profesores y le aportó la idea de crear el Centro de Estudios Económicos (CIE), pues don Víctor no concebía la enseñanza de la economía sin hacer investigación.

La Universidad de Guadalajara también está en deuda con don Víctor, pues asesoró y apoyó a la ex Facultad de Economía en la reestructuración de su plan de estudios e impulsó la investigación que



LEAD 2002 - Leadership Environment and Development- México 2002.

desarrollaba en su Centro de Investigaciones Sociales y Económicas (CISE). Colaboró con el licenciado Javier Michel Vega en la formación de profesores de Economía, Demografía y Desarrollo Urbano, principalmente. Muchos de ellos realizarían estudios de posgrado en distintas instituciones de educación superior del país y en universidades del extranjero.



Otra faceta importante de don Víctor como Presidente del COLMEX fue su gran preocupación por hacer llegar la investigación a las distintas regiones del país. Podríamos asegurar que fue un gran promotor de la descentralización de recursos académicos y de la creación de centros de investigación y de posgrado.

Fue factor decisivo para que Luis González y González fundara El Colegio de Michoacán, el 15 de enero de 1979 en Zamora; para que Gerardo Cornejo Murrieta fundara El Colegio de Sonora en Hermosillo Sonora; En 1982 se creó el Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (CEFNO-MEX) del COLMEX, y el 12 de febrero de 1986 cambió su nombre por el de El Colegio de la Frontera Norte (COLEF), dirigido por Jorge Bustamante. También influyó en la creación de El Colegio de Jalisco, inaugurado el 9 de noviembre de 1982; El Colegio de Puebla, abierto el 3 de enero de 1985, y

El Colegio del Bajío en León, Guanajuato, inaugurado el 9 de julio de 1982.

En el ámbito internacional, don Víctor fungió como Presidente del Consejo de la Universidad de las Naciones Unidas, creada en 1974 y de la que El Colegio de México era institución asociada.

En el terreno de la producción académica, don Víctor publicó desde 1941 numerosos artículos, ensayos y algunos libros sobre teoría y pensamiento económico, economía mexicana, desarrollo de América Latina, integración económica latinoamericana, población y recursos humanos, ciencia y tecnología, educación, relaciones económicas internacionales, medio ambiente y desarrollo sustentable, entre otros temas.

Desde 1942 colaboró en forma constante con la revista *El Trimestre Económico*, editada por el Fondo de Cultura Económica.

En 1967 apareció el primer número de la revista *Demografía y Economía*, de la cual fue fundador Don Víctor y en la que publicó artículos sobre el tema de la población en los que ya hacía notar las implicaciones de un crecimiento demográfico elevado en el país.



También publicó artículos en revistas como Política de Caracas, Forum del Consejo de Europa, la Revista Internacional de Ciencias Sociales de la UNESCO, el Boletín Trimestral de la Asociación Mexicana de Población, Internacional Development Review de Washington, Relaciones de El Colegio de Michoacán, Desarrollo y Medio Ambiente de México, Prospects de la UNESCO, Revista de Economía y Comercio Exterior de México, Revista de Occidente de Madrid, American Economic Review de Estados Unidos, Revista de Economía Latinoamericana de Caracas, Economía y Política del Instituto Politécnico Nacional, The Philippine Economic Journal de Filipinas, entre otras.

Escribió Trayectoria del Mercado Común Latinoamericano (México, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, 1960), Viabilidad económica de América Latina (Fondo de Cultura Económica, México, 1962), The challenge of development in Latin America (Frederick A. Praeger, Nueva York, 1964) y otros títulos. Además, coordinó la elaboración de México en la globalización: condiciones y requisitos de un desarrollo sustentable y equitativo. Informe de la Sección Mexicana del Club de Roma (Fondo de Cultura Económica, México, 1996).

El pensamiento de Don Víctor ha estado presente en numerosos encuentros y foros de todo el mundo. La mayor parte de sus intervenciones fueron recogidas en memorias y compilaciones de las que es difícil dar cuenta aquí en su totalidad.

APORTACIONES AL CONOCIMIENTO ECONÓMICO DE MÉXICO, DE AMÉRICA LATINA Y DEL MUNDO.

En sus inicios como profesor-investigador, Don Víctor se enfocó en



El Dr. Víctor Urquidí con el Ex-Presidente José López Portillo y el Profesor Raúl Benítez.

los problemas del desarrollo económico de México y de América Latina en el contexto mundial, en un momento en el que se ponía énfasis en la reconstrucción de Europa luego de la Segunda Guerra Mundial y en la creación de organismos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Sus preocupaciones académicas se orientaron a generar información útil para la política de desarrollo económico mexicano cuando se carecía de conocimiento técnico, capital, ahorro y apoyo del extranjero, y cuando Estados Unidos no estaba dispuesto a proporcionar apoyo económico ni a México ni al resto de América Latina.

Don Víctor fue un hombre pragmático que se acercó a los problemas sociales que le preocupaban, para buscarles solución o insistir en la necesidad de desechar soluciones fáciles sin realizar análisis más profundos.

SU INTERVENCIÓN EN LOS TEMAS AMBIENTALES

Don Víctor Urquidi fue un pionero en el estudio de las relaciones entre las actividades económicas y sus consecuencias en la conservación y sustentabilidad de los recursos naturales. Mucho antes de que los temas ambientales cobraran la importancia que hoy tienen, en 1972 asistió a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano efectuada en Estocolmo, en calidad de representante de un organismo asesor de la ONU.

Su libro *Los límites del crecimiento*, de 1972, que entonces suscitó críticas y descalificaciones, actualmente tiene plena vigencia y es relevante porque aporta la idea de que es imposible sostener un modelo económico mundial si no se toma en cuenta el valor de los recursos naturales.

Desde 1970 Don Víctor fue miembro asociado del Club de Roma, organización no lucrativa y no gubernamental que reúne a la elite de los científicos, economistas, representantes de la sociedad civil y jefes de gobierno en activo o que han detentado el poder en algún país de los cinco continentes, todos ellos convencidos de que cada ser humano puede contribuir al mejoramiento de su sociedad.

En 1991 se constituyó la Sección Mexicana del Club de Roma, encabezada por Don Víctor y Francisco J. Martínez e integrada por 30 personas, entre ellas el ex presidente Miguel de la Madrid Hurtado, con la finalidad de investigar el significado para el país de los fenómenos globales, desde la perspectiva del desarrollo sustentable y equitativo.

Durante 1995 y 1996 coordinó la redacción del Informe de dicha Sección sobre México en tiempos de la globalización, el cual se

publicó con el título: ¿Estamos unidos mexicanos?

Don Víctor promovió el ambientalismo en foros nacionales e internacionales, publicaciones y entrevistas, en los que defendió la tesis de que el desarrollo nunca será sustentable si no es equitativo. Le preocupaba que no pudiéramos entregar a las generaciones venideras la posibilidad de mejorar su calidad de vida mediante la producción y el consumo sin destruir los recursos naturales, así como las amenazas a la biodiversidad. Consideraba que para lograr un desarrollo sustentable se necesitan programas educativos y de capacitación, de investigación científica y tecnológica en todos los países así como crear conciencia ambiental y de equidad. Para Don Víctor esta debe ser la máxima prioridad de la sociedad del futuro.

SU INFLUENCIA EN LAS POLÍTICAS DE POBLACIÓN DE MÉXICO E INTERNACIONALES

Don Víctor Urquidi fue uno de los primeros académicos que se preocuparon ante el crecimiento de la población mexicana y sus posibles consecuencias. En 1965 y 1966 fue Director del Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio de México. Luego de reflexionar en torno al tema, reunió a un grupo de demógrafos y economistas con el objetivo de pensar en la tendencia demográfica de nuestro país, proponer un cambio en su política de población y crear un organismo responsable de ella. Por eso promovió la creación de lo que hoy conocemos como Consejo Nacional de Población.

Asimismo, siendo presidente del COLMEX, mantuvo el interés por los estudios de población. En 1973 contribuyó a crear la Asociación Mexicana de Estudios de Población (AMEP). Fundó de la Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE). Fue un promotor de la formación de demógrafos para todo el país, entre los que figuran

egresados y profesores-investigadores de la Universidad de Guadalajara.



Don Víctor Urquidi fue vocal ejecutivo del Programa Nacional Indicativo de Investigación Demográfica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), creado en 1974 para promover los estudios de población. Además, fue pieza fundamental en la realización de la Primera Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica en México en 1977, la cual dio pie a la serie de reuniones sobre demografía que se vienen realizando desde entonces hasta la fecha. Éstas han trascendido el nivel nacional y en la actualidad convocan a diversos estudiosos del tema de América Latina y el Caribe.

SU MEMBRESÍA EN ORGANISMOS NACIONALES E INTERNACIONALES

Don Víctor Urquidi fue miembro de organizaciones nacionales como la Academia Mexicana de Ciencias, el Consejo Consultivo del Agua, la Fundación Javier Barros Sierra, el Consejo Directivo del Centro de Estudios para el Desarrollo Sustentable, el Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales, entre otras. También formó parte de organismos internacionales como la Escuela de Economía y Ciencia Política de la Universidad de Londres, el Consejo del Instituto Internacional de Planificación de la UNESCO, el Consejo Académico de la Universidad de las Naciones Unidas, el Consejo Global del World Resource Institute. Fue el fundador de la Asociación Mexicana para el Club de Roma.

Ocupó cargos tan importantes como el de Presidente de la International Economic Association de 1980 a 1983 y del Instituto Internacional de Planificación de la UNESCO de 1992 a 1994.



RECONOCIMIENTOS Y PREMIOS

La destacada trayectoria académica de don Víctor Urquidi lo hizo merecedor del reconocimiento de personas, instituciones y gobiernos de diferentes países. En México recibió el nombramiento de Investigador Emérito del Sistema Nacional de Investigadores y de El Colegio de México, el Doctorado Honoris Causa en Economía por la Universidad Autónoma de Nuevo León, el Premio Nacional de Demografía, el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el Área de Ciencias Sociales. En el plano internacional se hizo acreedor a las Palmas Académicas en grado de Comendador en Francia, el Premio Interamericano de Cooperación de la Organización Universitaria Interamericana de Canadá, el Primer Premio Iberoamericano de Economía Raúl Prebisch del Instituto de Cooperación Iberoamericana de España, el Premio Kalman Silvert de la Asociación de Estudios Latinoamericanos de Estados Unidos, el Premio Canadiense de las Américas de la Fundación Canadiense para las Américas, la

Gran Cruz de la Orden de Alfonso X El Sabio de España, la Legión de Honor en grado de Comendador en Francia, la Orden de Mayor al Mérito de Argentina, la Orden del Imperio Británico en grado de Comendador Honorario, la Orden del Tesoro Sagrado, Estrella de Oro y Plata de Japón y la Presea Río Branco en grado de Gran Oficial de Brasil.

Mensaje escrito por el Dr. Víctor L. Urquidí†

con motivo de la entrega del Doctorado Honoris Causa

a 21 de junio de 2004

Me es en especial grato expresar a la Universidad de Guadalajara mi profundo agradecimiento por el honor que hoy recibo de esta augusta casa de estudios. Mis vínculos con la Universidad son de hace algunos decenios, y he podido mantenerlos gracias al espíritu que priva en esta institución, aunque no tan frecuentes como hubiera querido. Mi reconocimiento actual a la Universidad de Guadalajara será perenne.

He dedicado más de sesenta años a observar la economía y la sociedad mexicanas y, por extensión, las del resto de la región latinoamericana, y he incursionado durante casi el mismo tiempo en asuntos de economía, comercio y finanzas internacionales, caracterizadas hoy como globales.

En el caso de México, he estado en todas las entidades federales, salvo en Nayarit, a donde un exgobernador amigo se olvidó de invitarme a su toma de posesión. He estado en las Islas Cozumel y Mujeres, y en islotes desiertos del Golfo de California –pero aclaro que no conozco las Islas Marías. Mi primer viaje a Jalisco fue en 1942 para recuperarme de una apendectomía, y he regresado incontables veces. Como sólo llevo bitácora de mis vuelos y no de mis viajes en tren o por carretera, no puedo contabilizarlos. Casi todas mis visitas a las diferentes regiones del país han sido por motivos profesionales o académicos, más algunas de importancia menor mas no despreciables, a los centros turísticos, sobre todo del Pacífico. Mis visitas a universidades y a otros institutos de educación superior o de investigación me han llevado además a muchas ciudades y localidades.

En el caso de Jalisco, he venido numerosas veces a la Universidad de Guadalajara, con la que siempre he mantenido contactos iniciados por los años sesenta cuando fui invitado a colaborar, desde El Colegio de México, con otros economistas, en las reformas al plan de estudios de la Escuela de Economía, que entonces dirigía un inteligente abogado, Javier Michel, que por fortuna entendía de Economía. Poco antes, había yo colaborado en la creación de un programa de investigaciones regionales económicas y sociales de la Cuenca Lerma-Chapala impulsada

por Nacional Financiera y el Banco Interamericano de Desarrollo destinada a complementar la labor de los ingenieros que cuidaban del Lago Chapala. Nuestro trabajo sería río arriba en las áreas contiguas al río Lerma –sin embargo, en esto acabamos por fracasar, pues no indujo interés ni apoyo entre los estimables ingenieros; ellos ganaron, a costa de un gran estudio regional de cuenca.

Con estos y otros variados antecedentes, aprendí mucho acerca de Jalisco y en particular de Guadalajara, forjé amistades y me interesé en esta gran región. Fue además un incentivo que un pariente mío se estableciera profesionalmente en esta ciudad y me invitara de vez en cuando con los Rotarios y otros grupos a hablar de temas latinoamericanos o internacionales. Así tuve también relación con personalidades del sector empresarial.

Habida cuenta de estos antecedentes, me complace en forma extraordinaria venir de nuevo, en esta ocasión, a recibir un Doctorado Honoris Causa de esta muy honorable casa de estudios, de manos del distinguido Rector de la Universidad. He podido apreciar los adelantos de esta Universidad en lo académico y lo administrativo, y en su función social y cultural en los últimos años, tarea aun más notable cuanto que en el medio mexicano no se valoran aún debidamente las grandes tareas del desarrollo universitario ni se les dota de recursos suficientes para convertirlas en verdaderas universidades. Por fortuna, la Universidad de Guadalajara ha evolucionado con rapidez, mediante importantes reformas, de significación nacional, ante los desafíos del presente siglo, y ha alcanzado reconocimiento internacional como debe ser.

Mi experiencia en El Colegio de México a partir de 1966, en escala desde luego pequeña, como titular del mismo durante casi 20 años, me enseñó mucho en los contrastes que por medio de la ANUIES advertía yo con otras instituciones. Esa experiencia fructificó también en la creación de Colegios semejantes de alcance regional en algunas partes del país, como los casos de Jalisco, Michoacán, la Frontera Norte, Sonora y otros, con apoyo local y de la Federación en algunos casos. Estos Colegios señalaron nuevos caminos a trazar por lo menos en los posgrados y en la investigación transdisciplinaria. Comprendo que en escala grande estos caminos son más difíciles de seguir, pero en modo alguno son intransitables, con las adaptaciones necesarias como se demuestra en esta Universidad que hoy me honra.

Desde mi vuelta en 1986 a ser simple investigador en El Colegio de México me tocó ver los toros desde el otro lado de la barrera, y tuve que agenciarme fondos para investigación, tanto de CONACYT como del extranjero. Tuve asimismo más tiempo disponible para empezar a tratar temas que llamo “horizontales” en la vida universitaria, es decir, que trascienden una disciplina, en particular temas o asuntos novedosos como la incorporación de la ciencia y la tecnología al desarrollo, la ampliación necesaria de las políticas de desarrollo para hacer parte de ellas los problemas de la dinámica demográfica, los ambientales y en general los aspectos significativos de la economía que hoy llamamos global en que estamos inmersos en México a partir de su ingreso involuntario a tal economía global con motivo de la convulsión del mercado petrolero en 1973 y en la consiguiente disponibilidad de petrodólares fácilmente accesibles, sin mayores ni prudentes requisitos, de los centros bancarios privados internacionales.

Me interesaba en especial el tema del medio ambiente, aun desde 1970, y su correlato, la posibilidad de actuar por medio de la ciencia y la tecnología para mejorarlo, pero me inquietaba igualmente el problema de la capacidad de los países en lo individual y de la comunidad internacional para hacer frente al deterioro ambiental que se empezaba a advertir en todos los continentes y en particular en México y en el resto de la región latinoamericana. No podía ocuparme de todo, como no fuera buscando crear un instituto o centro especial para un conjunto de materias que por cierto empezaban a evolucionar horizontalmente hasta asumir a nivel internacional, al menos en teoría, a partir de 1987 y sobre todo de 1992, un nuevo paradigma, el del desarrollo sustentable y equitativo, con los pies puestos en el análisis de la economía mexicana y sus vaivenes, me alarmó la rapidez y poca responsabilidad con que México comenzó a incrementar su deuda externa, como si todo fuera una ecuación de más deuda por más exportación de petróleo crudo. La economía mexicana, debido al petróleo, enloqueció entre 1973 y 1981, pues desatendió problemas fundamentales para el futuro y creyó salir del paso echando a andar grandes proyectos industriales y portuarios sin suficiente visión integral del futuro.

El gran auge petrolero no tenía precedente en la historia económica de México de los siglos XIX y principios del XX, por más que el de la plata en periodos anteriores se asemejara. La historia económica mundial, no obstante, estaba plena de “burbujas” de ese tipo, pero ¿a quién le importaba la experiencia histórica? El petróleo nos iba a salvar de nuestras estrecheces económicas y financieras, pero por la velocidad y el desorden en que se desarrolló este sector de la economía, tuvo consecuencias internas graves para el resto de la economía mexicana y expuso al país a fluctuaciones fuertes

en los mercados internacionales. Cuando supe que a fines de 1981 se preveía un déficit financiero público del 16% del PIB, me di cuenta de que íbamos al desastre si no a la catástrofe, sobre todo teniendo en cuenta que para entonces la deuda externa, en su mayor parte a corto plazo y a elevadas tasas de interés, se había multiplicado de 4,000 mil millones de dólares a fines de 1970 a más de 80,000 en 1981. Dejé a un lado mis preocupaciones por el medio ambiente y me impuse la tarea de entrar en el tratamiento de la problemática de la deuda externa y sus consecuencias –por supuesto sin ningún éxito, pues para entonces ya nadie escuchaba. México, a partir del parteaguas de 1973, fue beneficiario a medias y a la vez víctima de la expansión petrolera. Los precios internacionales del petróleo crudo habían subido para 1981 alrededor de 18 veces, y no tenía México con qué pagar los intereses sobre su endeudamiento externo.

Se perdió todo sentido de proporción, toda visión de posibles trastornos desfavorables de la oferta y la demanda mundiales de dicho energético. Para la economía mexicana, si se atiende solamente a los indicadores globales, las cifras subieron con incrementos anuales a una tasa media anual de 6.9% de PIB total y 4.3% promedio anual per capita, en los primeros años del petrodesarrollo, siendo el último año 1981, con 8.8% de PIB y 6.3% de PIB per capita. Desde entonces la economía ha estado estancada.

Es fácilmente comprobable, como yo lo he vuelto a demostrar con las nuevas cifras de PIB total y per capita calculadas en dólares internacionales de poder adquisitivo constante, que ha calculado para todos los países el profesor Angus Maddison en sus recientes estudios hechos para la OCDE, que desde 1980 hasta el

año 2001 —y no obstante la elevada cifra de 1981—que el PIB mexicano creció hasta el año 2001 a una tasa media anual de apenas 2.6%, y que el per capita, aun con el descenso reciente del incremento de la población a 1.4% anual, aumentó como media anual en 21 años apenas el 0.64%. Agréguese los años 2002 y 2003 y el resultado es el mismo: estancamiento de PIB per capita a una tasa anual del 0.6% anual. ¿Esto se llama “desarrollo”? O se puede denominar más bien estancamiento histórico con empeoramiento de la desigualdad y del empleo. Hubo bajas y alzas, pero la media geométrica no engaña. El resultado está a la vista. Por cierto, ningún otro país de la región latinoamericana ha pasado por esta experiencia, ni siquiera Argentina o Chile en sus peores momentos históricos.

La situación actual es en gran parte el resultado de la implantación de políticas económicas y financieras derivadas del llamado “Consenso de Washington” de los años noventa, que recomendaban la reducción del gasto para hacer posible el pago del servicio de intereses de la deuda externa, que México siguió al pie de la letra, y sigue practicando, deprimiendo cada día más el mercado interno y el empleo formal. México logró, junto con Brasil, renegociar a partir de 1989 el perfil oneroso y de corto plazo de su deuda externa, alargando los plazos y prepagando parte de la deuda; sin embargo, los intereses anuales representaban en el año 2000 el 8.3% de las exportaciones de bienes y servicios. En esta estimación dejo fuera el valor bruto de exportación de la maquila, que para estos fines no debe incluirse en el cálculo ya que su contrapartida natural es la importación de los insumos, además de que el ingreso por salarios se concentra en el norte del país y en gran parte se gasta en productos comprados “al otro lado”; es decir, la maquila no contribuye a crear divisas disponibles para el servicio de la deuda externa.

En realidad lo que hace México desde los años noventa es *destinar parte del ahorro nacional, convertido a dólares por el sector público, en cubrir los intereses de la deuda externa, que es como cercenarse las piernas y los brazos para caminar por los senderos del desarrollo. Por eso la inversión nacional ha descendido hasta el mínimo, tanto la pública como la privada; la pública depende de ingresos fiscales inexistentes y la privada de crédito interno también inexistente. La inversión extranjera contribuye sólo en ciertos sectores y se ha apoderado de la banca, los seguros y numerosos servicios y actividades, como el comercio de menudeo y el turismo, en que antes había capital mexicano, y con ello transfiere ganancias al exterior en forma de rendimientos líquidos. Y todo a nombre de lograr una baja tasa de inflación, que algún banquero central me dijo una vez, hace bastantes años, debía llegar a cero, receta para hundir a la economía. El problema no está en la tasa de inflación, sino en el mantenimiento y aumento del salario real de los empleados y trabajadores, en una economía dinámica.*

El estancamiento de 23 años no se explica solamente por la transferencia del ahorro interno al exterior, pues sus efectos se manifiestan también en la disminución de la capitalización interna, que es la inversión real nacional, de la que depende el crecimiento del producto nacional que pueda crear nuevo empleo y mejorar las remuneraciones. Con este largo periodo de deterioro del capital físico y humano, y de desigualdad y pérdida de optimismo y de perspectivas, no será nada fácil echar a andar la economía sin una política económica y social integral, activa, de incremento del salario real en la capas intermedias y bajas de empleo, de estímulos a la pequeña y mediana industria, y de prioridades en los sectores agropecuario e industrial, con intención propositiva

por parte del Estado. No es cuestión de “prender el gas” —la palabra de moda— para que la estufa se caliente y a ver qué pasa.

Aparte de haber llamado la atención sobre estos nuevos fenómenos —sin mayor éxito, como suele ocurrir con los análisis académicos— me he dedicado largos años a la problemática ambiental y sus repercusiones, y a propugnar el desarrollo sustentable y equitativo como paradigma que contrarreste el deterioro ambiental, a la necesidad imperiosa de frenarlo y de proteger los recursos naturales, e irlo adaptando como objetivo nacional y global para el futuro —porvenir que ya comenzó hace 20 años sin beneficio de la nueva estrategia. En pocas palabras, si se acepta el deterioro ambiental como un hecho, según se lee constantemente en los importantes documentos de los organismos mundiales y otros multilaterales, se advierte en los trabajos de las comunidades científicas, se escucha en las conferencias internacionales y se deduce de reportajes de los medios electrónicos y la prensa escrita, ha que hace algo radical. Por desgracia, los compromisos internacionales y nacionales son cada vez más débiles y condicionados a la influencia de los intereses empresariales y a la falta de visión de los poderes públicos.

La perspectiva real es que no podrá salvarse a largo plazo la especie humana si el desarrollo ha de continuar siendo “más de lo mismo”. No existe aún el menor asomo de reconocimiento, fuera de la retórica y las frases bellas de las conferencias internacionales, a los planteamientos del célebre informe Nuestro futuro común de 1987 presentado por una Comisión sobre Ambiente y Desarrollo, denominada la Comisión Brundtland, que hizo un llamado lógico y contundente a proteger la calidad de vida futura, a la economía

en el uso de energéticos contaminantes a recursos naturales y en la distribución de los productos de la sociedad, y a la cooperación internacional en estas materias. El desarrollo sustentable y equitativo se recomienda no sólo para ahorrar recursos renovables y no renovables sino para lograr también una transición en el empleo de energéticos como el petróleo y el carbón —que privan en la producción de electricidad y en el transporte automotor— a fuentes menos contaminantes y al fin limpias. Deberá también controlarse la deforestación, la pérdida de suelos, el uso y empobrecimiento de la calidad del agua dulce, la calidad de los humedales y las riberas oceánicas, y la calidad del aire urbano. El mantenimiento de los equilibrios ecológicos naturales deberá ser de la más elevada prioridad global.

El concepto de desarrollo sustentable aparece desde 1992 en los discursos de los jefes de Estado, en las declaraciones en las reuniones internacionales, y en los medios y en los pronunciamientos de sectores empresariales y hasta en los tratados comerciales y de integración, y en muchas otras instancias. Mas ha sido hasta ahora letra muerta. Ningún país ha emprendido una estrategia de desarrollo sustentable y equitativo, ya sea por ignorancia, por temor sin entender qué es una inversión en el futuro, o por el predominio de la falta de cultura y de voluntad política, con el acento puesto en los temas de corto plazo y en quedar bien con los intereses tradicionales.

Algunos países han mejorado su política ambiental, sobre todo en Europa y en Japón, pero no se ha pasado de allí. El desarrollo en sus perfiles actuales ni es sustentable ni es equitativo. En el caso de México ni siquiera se cumplen los compromisos

ambientales que se proclaman en los programas de gobierno. El desarrollo sustentable y equitativo, ni siquiera la política ambiental que forma parte del mismo, no son una prioridad nacional, ni recibe los recursos necesarios. Lo mismo ocurre en toda la región latinoamericana y del Caribe y en la mayor parte del resto del mundo. No es una situación que se resuelva solamente por aplicaciones de la tecnología y de las recientes innovaciones, o por medio de leyes y reglamentos, y mucho menos por el esfuerzo hasta ahora estéril de los académicos. El desarrollo sustentable y equitativo debe involucrar la totalidad de la vida política y social de una sociedad. Y porque depende de la cultura general a niveles micro y regional, y asimismo de las acciones de los sectores empresariales y paraestatales, se requieren vastos programas de convencimiento —verdaderas cruzadas— así como políticas públicas bien diseñadas, con apoyos fiscales y estímulos financieros, sobre todo para las unidades empresariales medianas y pequeñas, menos capaces de montar proyectos propios. Si los intereses privados predominan sobre el interés público, y en el comercio y las inversiones —adiós, medio ambiente, desarrollo sustentable y equitativo y ... especie humana. De esa dimensión es la problemática. La puesta en marcha de las soluciones llevará muchos años. Se han rebasado umbrales tal vez irreversiblemente. Será un proceso de evolución por medio de la educación y la capacitación, las comunicaciones normales y las cibernéticas, con aplicaciones tecnológicas, que deberá asumir el conjunto de la sociedad civil, en todos los rincones de la tierra, y en México en todo su territorio, incluso las islas mencionadas.

Este gran tema del desarrollo sustentable y equitativo es el que más me preocupa en la actualidad. Está fuera del alcance de un simple académico, por lo que se requerirá que las institucio-

nes universitarias y las de investigación en particular contribuyan cada vez más con análisis y estudios, debidamente organizados y financiados, que los académicos puedan emprender, atendiendo al mismo tiempo a las necesidades empresariales y de los sectores civiles en general –tarea multidisciplinaria y propositiva que, hasta donde yo sepa, no se lleva a cabo en ninguna institución universitaria mexicana, ni siquiera en El Colegio de México, donde prevalece el “cuchillito de palo” aunque a veces sea “candil de la calle”.

Mi propia experiencia ha abarcado la interrelación entre las distintas ramas de las ciencias sociales, desde mis tempranos estudios en la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres, donde obtuve mi único grado, el de licenciatura, pasando por organismos y comités de las Naciones Unidas, mis acercamientos a profesionales de las áreas de las ciencias físicas y naturales. Es decir, no soy un producto académico “puro”, sino uno interesado en el diseño de políticas públicas. Aprendí en mis estudios iniciales que ningún tema económico carece de aspectos sociales, políticos y culturales.

Las especializaciones de nuestros tiempos son excesivas y hasta aberrantes, porque ni siquiera se generan diálogos adecuados. No existe una solución única para emprender el desarrollo sustentable y equitativo, y no será nada fácil llevar a buen éxito las siempre más complejas interrelaciones cuya urdimbre no es en rigor cuantificable. Tampoco será fácil para un académico dar el salto más allá de la puerta de su cubículo para entrar en el mundo de la formulación de las estrategias y las políticas posibles. Lo que el académico debe saber hacer, lo mejor posible, son los diagnósticos, los señalamientos de problemas graves de origen estructural, donde priva la in-

flexibilidad, y esbozar líneas de acción para orientación de los responsables de las políticas públicas, en consulta y diálogo con los mismos, sin partidismos ni ocultaciones. Será una labor constructiva, lenta, de largo alcance. He tenido en ello bastantes fracasos y frustraciones, aunque algo queda o aparece bajo otro nombre. Ello no reduce la satisfacción de haber participado en importantes estudios y de haber escrito y publicado lo que las investigaciones revelan. Mi mayor satisfacción, sin duda alguna, ha sido la labor que he podido desarrollar desde El Colegio de México, muchas veces en contacto con otras instituciones universitarias y de investigación.

Concluyo: acepto con mucha honra y con infinito agradecimiento la distinción de que he sido objeto por la Universidad de Guadalajara, y reitero mis sentimientos de admiración y amistad por los directivos y profesores-investigadores, esperando sigan progresando en el estudio y análisis de los grandes temas nacionales y globales.

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

José Trinidad Padilla López
Rector General

I. Tonatiuh Bravo Padilla
Vicerrector Ejecutivo

Carlos Jorge Briseño Torres
Secretario General

Septiembre 2005



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA